

La familia, la escuela, el presidio y el destierro en la formación ética martiana

**Ricardo Enrique
Pino Torrens**

En la vida de Martí se evidencian las variadas y sólidas influencias que le permitieron convertirse en un ejemplo moral para su pueblo, cubano y latinoamericano. En ocasiones se desconoce el papel de la familia en la construcción de las sólidas bases morales sobre las que se eleva la vida y la obra entera de José Martí, que constituyen un verdadero altar ético. La escuela y el papel de su maestro Mendive es reconocido cuando se valora la decisión tomada por el adolescente Martí al sumarse, aun siendo hijo de españoles, al ideal de la independencia. Sin embargo, el presidio es la experiencia decisiva en Martí, allí se define, con solo 16 años, su vocación de voluntad de elevarse sobre el sufrimiento, de darse a los demás, de luchar por su perfeccionamiento. El destierro, por su parte, conformará la universalidad del pensamiento martiano, el Apóstol nunca será un observador pasivo de las realidades que conoce, por el contrario, enjuicia o rechaza códigos preestablecidos y solo asume aquellos en los que aprecia originalidad y se identifican con nuestras realidades. Desde el destierro Martí proclama su destino de lucha junto a los pobres de la tierra.

En todos los momentos importantes de la vida de Martí se puede apreciar el componente ético que enriquece su formación moral. En el estudio de las influencias de la familia, la escuela, el presidio y el destierro, se evidencian los rasgos éticos que cada momento aportó a la forja de la personalidad del Apóstol. Esos rasgos definen al hombre universal y trascendente que es Martí.

La familia. Primeras influencias educativas

Mariano Martí. El padre

Apenas se iniciaba la segunda mitad del siglo XIX cuando nace en La Habana José Julián Martí y Pérez, el primero de los 8 hijos del matrimonio formado por Mariano Martí y Leonor Pérez. El padre, de origen valenciano, robusto y no

menguado de talla, con facciones algo duras y perilla a lo Narváez –según lo describe Jorge Mañach, importante biógrafo del Apóstol¹– se había curtido desde niño trabajando junto al padre en la cordelería de su propiedad. De allí sale, joven ya, a cumplir su deber con el ejército, viene a Cuba siendo cabo y en la Isla ganó los grados de sargento y teniente. Mariano era hombre de carácter severo, recto y de principios, como demostró durante toda su vida, era hombre de temple aunque no sobrado de inteligencia e instrucción.²

En esta tierra conoció el amor y puso asiento a su familia. De su matrimonio con Leonor Pérez, natural de Canarias, nacieron un varón, el primogénito, y siete niñas: José Julián nace en La Habana el 28 de enero de 1853; Leonor, la segunda, conocida por La Chata nació en 1854; María Matilde, conocida por Ana, vio la luz el 8 de junio de 1856; María del Carmen, conocida por La Valenciana por haber nacido en Valencia (España), en diciembre de 1857; María del Pilar Eduarda, que nació el 13 de noviembre de 1859, solo vive seis años pues fallece el 13 de noviembre de 1865; Rita Amelia nació en el año 1862. El 6 de octubre de 1864 nace Antonia Bruna; Dolores Eustaquia, conocida por Lolita, vino al mundo el 2 de noviembre de 1865.

Es importante conocer estos detalles, que no lo son, para quien sepa analizarlos en su justa dimensión. Una familia numerosa, de mayoría femenina era gran preocupación en un hogar donde no sobran los recursos económicos, que además vivieron en una época –el siglo XIX–, discriminatoria con la mujer y en la cual las posibilidades para «adelantar» económicamente se asociaban, en no pocas ocasiones a posturas poco éticas, lo cual se apartaba del código moral que regía la actuación de la familia Martí Pérez.

El mantenimiento de la familia fue una compleja tarea para Mariano Martí, que después de licenciarse del ejército había logrado la plaza de celador. La vida transcurría en aparente normalidad, sin embargo, Don Mariano muestra «cierta incapacidad» para ejercer sus funciones de policía en lo referente a los procedimientos reglamentados para su cargo, «si bien es verdad que en esta jefatura no consta nada que perjudique la conducta del ya citado celador de Santa Clara».³ Un día en el barrio de Santa Clara, zona pintoresca por la abundancia de comercios y almacenes se produjo un vulgar conflicto de tránsito entre un carretón y el quitrín de una rica dama. Requerido el celador (don Mariano Martí) para discernir la prioridad del paso, actuó, según la denuncia de la señora, «de una manera que armoniza muy poco con la hidalguía española»; el resultado de la querrela fue la separación del cargo de don Mariano y su aspiración a una Capitanía de partido se vio frustrada por la memoria oficial de aquel percance.⁴

El informe añadía, no obstante, que Martí «gozaba el concepto de honrado, y por tal lo tiene el que suscribe». Es necesario analizar las implicaciones de

¹ Jorge Mañach: *Martí el Apóstol*, p. 6, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

² *Ibíd.*, p. 7.

³ *Ibíd.*, p. 9.

⁴ *Ibíd.*, p. 10.

índole familiar que seguramente tuvo este incidente. El peculio disponible se deteriora, pero, como se aprecia en el informe escrito por su superior, se reconoce la calidad moral del padre de un niño de alrededor de siete años llamado José Martí.

El ejemplo del padre y el reconocimiento de su integridad moral marca el carácter del hijo y su formación ética. Sobre la base del ejemplo, del cumplimiento de los principios morales que postula y de la honestidad, irá forjándose el camino altruista de quien será el Apóstol de la independencia de Cuba. Ese mismo niño, siendo el patriota y revolucionario genial y consagrado expresó una idea que permite valorar el papel de los padres en la formación de los hijos: «Quedan en el espíritu de los hombres las huellas del carácter de sus padres, pero ¿quedan porque las traiga el germen paterno o las entrañas maternas, desde antes de salir a la vida, o porque los adquiera en el íntimo roce con sus padres después de haber nacido?... Las cualidades de los padres quedan en el espíritu de los hijos, como quedan los dedos del niño en las alas de la fugitiva mariposa».⁵

Se heredan las cualidades que distinguen el temperamento de cada persona, pero los rasgos del carácter se moldean en el transcurso de la vida, el hombre no nace siendo, es preciso hacerse, formarse, y esto solo se logra a partir de las relaciones sociales que establece con los que lo rodean, en un medio histórico-social concreto. El Apóstol reconoce la influencia ejercida en su formación por sus padres y esas cualidades que recibió de ellos quedaron en él como profundas huellas espirituales.

Otro momento donde se prueba la voluntad y los principios de Mariano Martí es el año 1862 en Hanábana. Don Mariano había sido designado Juez Pedáneo y su hijo, que a la sazón tiene 9 años, lo acompaña para encargarse de los documentos y de las escrituras, algo en lo que su padre no era diestro. Se recuerda de aquellos años la carta que el niño escribiera a su madre desde Hanábana, sin embargo, no siempre se recuerda aquel lugar por las implicaciones que en su formación moral tuvo.

Era aquella una zona propicia para el desarrollo del contrabando, especialmente de esclavos, aunque la trata humana había sido suprimida oficialmente hacia 1821. Sin embargo, 41 años después continúa desarrollándose ese próspero e inhumano comercio clandestino. Es preciso recordar aquellos *Versos sencillos* de carácter autobiográfico donde José Martí recuerda su estancia en la región, dicen aquellos versos:

*El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.*

⁵ José Martí: *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1975, tomo XV, p. 397, «Un libro nuevo y curioso».

*El viento, fiero, quebraba
Los almacigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.*⁶

El verso sencillo xxx narra lo visto por un niño de 9 años de edad, lo cual es además, prueba contundente de la ilegalidad que Don Mariano trataba de combatir y que es causa de su choque con los intereses de las corruptas autoridades superiores, sobre este particular escribe Mañach: «Por su falta de acomodamiento a ciertos desembarcos clandestinos de negros, en que el teniente gobernador está interesado, esa superioridad pide y obtiene, sin expediente, la separación de Martí, sustituyéndole con su antecesor, hombre plegadizo. Don Mariano se ve de nuevo al garet».⁷

¿Qué ha vivido de cerca Pepe en Hanábana?: vivió la severidad de su padre, la rectitud en el cumplimiento de su deber, la honestidad y honradez con que ha actuado dada la responsabilidad y deberes del cargo que detentaba, vivió una experiencia que lo marcó tremendamente –la visión tétrica y deshumanizada de la esclavitud–, simbolizada en sus versos por el esclavo colgado en el ceibo del monte, al pie del cual juró vengar con su sangre el crimen, lo cual se convierte en uno de los móviles de su conducta ética, y vivió también el ejemplo altruista de su progenitor, convertido en valor moral.

La huella imborrable de su padre está presente en las cartas que escribió a sus hermanas. En misiva dirigida a Amelia, fechada en Nueva York en 1880 le escribe: «Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcenle la vida, sonrían en sus vejeces. El nunca ha sido viejo para amar»⁸. En otra fechada el 28 de febrero de 1883, le dice «Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva *el perfume una flor, y la dureza una roca*. Ha sido más que honrado, ha sido casto».⁹

Obsérvese las líneas subrayadas en la referencia anterior: Martí escoge dos palabras extraídas de la naturaleza para identificar a su padre, el perfume de una flor, y la dureza de una roca, con ellas ofrece su visión del padre, hombre severo, recto, aparentemente impenetrable, pero tras el cual se revela el ser humano sencillo, amoroso y sensible. No es desacertado afirmar que don Mariano legó a sus descendientes una extraordinaria herencia espiritual y moral, legó honradez, amor, abnegación, capacidad para el sacrificio, voluntad, firmeza, la que le permitió, aun sin saberlo, hacer de su hijo la cumbre de la dejación de sí para darse a los demás, sin esperar más premio que el saberse útil.

⁶ *Ibíd.*, XVI, p. 199, «El rayo surca sangriento» (*Versos sencillos*).

⁷ Jorge Mañach: *Ob. cit.*, pp. 13-14.

⁸ José Martí: *Ob. cit.*, tomo XX, p. 288, Carta a su hermana Amelia, Nueva York, 1880.

⁹ *Ibíd.* XX, p. 308, Carta a su hermana Amelia, Nueva York, febrero 28 de 1883.

La vida familiar transcurre por los cauces normales de una familia asentada en La Habana de la segunda mitad del siglo XIX, por eso es a la madre a quien le toca estar más tiempo con sus hijos, ayudarlos, enseñarlos, prepararlos para la escuela, protegerlos de la severidad del padre. Aún se conserva aquella primera carta escrita a los 9 años, antes mencionada, donde le explica su vida en Hanábana y se despide cariñosamente cuando le dice: «y ud. reciba de su obediente hijo que le quiere con delirio»¹⁰.

A ella dedica poemas hermosos. Desde España le escribe en diciembre de 1871 unos versos que titula «Madre mía» y entre sus estrofas apunta:

*La luz alumbra ahora
Tus ojos, y me miras.
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
Que todo ríe plácido a mi lado,
Y es que mi alma, si me miras, crece,
¡Y no hay nada después que me has mirado!*¹¹

Su alma *crece* después de la mirada de la madre y nada hay después que ha mirado, es el impulso hacedor de la madre que guía a su hijo de niño a adolescente, a joven, a hombre, por una escala donde aparece su aliento cálido y benéfico.

La severa, permisiva, protectora y cariñosa mamá aparece constantemente en los escritos de su hijo. La prosa es testigo del amor que siente por ella, es además constancia de la influencia que en él tuvo. Se conserva, entre ellas, una epístola del año 1892 donde le dice: «Mucho la necesito: mucho pienso en Ud.: nunca he pensado tanto en Ud.: nunca he deseado tanto tenerla aquí. No puede ser. Pobreza. Miedo al frío [...] Pena de tenerla y no poderla ver, con este trabajo que no acaba hasta las diez y media de la noche. Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno»,¹² es bueno y eso ha de regocijar a la madre lejana, por la formación que ella le dio en su seno familiar.

Si puede escogerse una constancia escrita del significado y valor que tuvo doña Leonor para José Martí se seleccionaría aquella carta de despedida redactada, sin dudas, con el mismo impulso glorioso que movió a la guerra nueva, y que tiene el influjo del Manifiesto de Montecristi. Ese día escribió siete misivas de distinto carácter y entre ellas esta a su madre.

¹⁰ Ibid. XX, p. 243. Carta a la madre, *Hanábana*, octubre 23 de 1862.

¹¹ Ibid. XVII, p. 32. «Madre mía», Madrid, diciembre 30 de 1871.

¹² Ibid. XX, pp. 404 - 405. Carta a la madre, Nueva York, (enero) 1892.

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Ud. Yo sin cesar pienso en Ud. Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿ por qué nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. Su bendición.

Su

José Martí

Tengo razón para ir más contento de lo que Ud. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.¹³

Un testamento de amor, de fe, un reconocimiento al sacrificio, al estoicismo de su madre, a su carácter íntegro, a la capacidad para sobreponerse al sufrimiento, y al dolor. Es evidente el impacto de la madre en la formación moral del héroe, sus palabras breves encierran lo que le fue transmitido por ella, la devoción al sacrificio, su entrega al necesitado, su espíritu de lucha, el estímulo del ejemplo, y la conciencia del deber: «Pero mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar. Preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleva en sí: ¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredar, sino de mi padre y mi madre?»¹⁴ Vuelve la mirada a la madre para declarar la influencia decisiva que en él tuvo.

La familia, que hoy se reconoce como la célula fundamental de la sociedad, fue en la vida y en la formación del niño Martí un baluarte de honradez, de amor, sacrificio, lo cual no siempre se reconoce en toda su dimensión. En el seno de esa familia donde sufrimiento y alegría se dieron las manos, sus padres lograron forjarle un espíritu fuerte y elevado. Las cualidades morales que hoy vemos en Martí son la obra paciente de la familia que inculca el valor a la libertad en el pensar y actuar, de la honradez, el decoro, la satisfacción por el deber cumplido, la honestidad en el actuar diario, el amor por los demás en dejación plena de sí mismo, el respeto a los principios que sostienen moralmente al ser humano, en el mantenimiento de una conducta altruista.

La escuela. El legado espiritual de Mendive

Sus primeras letras en Valencia entre 1857 y 1859. Al regresar su familia a Cuba matriculó en el colegio de Rafael Sixto Casado donde estuvo hasta que partiera a Hanábana con su padre. A su regreso viaja con el padre en 1863 a Honduras

¹³ *Ibid.* XX, p. 475. Carta a la madre, Montecristi, marzo 25, 1895.

¹⁴ *Ibid.* XX, pp. 404 - 405. Carta a la madre, Nueva York, 1894.

Británicas. De nuevo en La Habana termina la enseñanza primaria y en el mes de marzo de 1865 ingresa en la Escuela de Instrucción Primaria Superior Municipal de varones de la cual es director Rafael María de Mendive, discípulo de José de la Luz y Caballero, el «sembrador de hombres»¹⁵. Mendive recibe al niño y lo toma bajo su tutela y previsoramente mirada.

En 1867 ingresa en el bachillerato ahora en el Colegio San Pablo, fundado y dirigido por el propio Mendive, «el poeta y maestro Rafael María de Mendive, devendría figura tutelar para el adolescente, ávido de conocimiento».¹⁶ La acogida que ofrece Mendive a Martí se corresponde con la inteligencia y deseos de aprender que ha demostrado el niño. Lee todo lo que cae en sus manos, traduce y escribe poesía y prosa bajo la mirada atenta y estimuladora de su maestro.

Mendive, patriota cubano, enseña en sus clases el amor a la tierra natal, sus héroes, mártires, trasmite el respeto por los pensadores y actores revolucionarios de Cuba y el mundo. En el mes de abril del año 1865, estando aún en la Escuela de Instrucción Primaria Superior, al conocerse la muerte de Abraham Lincoln rindió homenaje, junto a un grupo de compañeros, a ese hombre de pensamiento liberal, gestor principal de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos y para honrarlo llevan brazalete de luto durante una semana.

Este hecho describe el ambiente de ideas progresistas de aquella institución escolar. Una educación que impacta de forma positiva en la evolución del pensamiento social, económico y político de aquellos estudiantes aún adolescentes.

Es especialmente esclarecedor si se tiene en cuenta que vivían en el seno de una sociedad genuinamente esclavista, que basaba su riqueza en la posesión y explotación del trabajo esclavo, por lo cual se aferraba a este inhumano sistema de explotación. Por lo tanto, si el acto de proclamar la independencia de Cuba requería de una sólida convicción patriótica, el de proclamar la abolición de la esclavitud junto a la independencia, corrobora la existencia de un pensamiento social-humanista que se integra en el proyecto transformador del proceso revolucionario cubano.

De ninguna manera el logro de la independencia política de España podía ser el exclusivo fin de la guerra. Para que la lucha fuera una verdadera revolución se necesitaba transformar las bases socio-económicas de la colonia, que la «colonia dejara de vivir en la república [nueva]»¹⁷ como escribiría posteriormente el Apóstol, y esto solo podría lograrse si se comenzaba con arrancar de raíz el principal lastre para el cambio revolucionario: la esclavitud.

No es casual que a los 15 años José Martí escribiera y publicara en el periódico manuscrito *Siboney* [primeros meses de 1869] su soneto «¡10 de Octu-

¹⁵ *Ibid.* V, p. 249: «Carta inédita a José de la Luz». Nueva York, marzo 1888.

¹⁶ Luis Toledo Sande. *Cesto de llamas*, p. 21, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

¹⁷ José Martí: *Ob. cit.*, tomo VI, «Nuestra América», enero 1891.

bre!» dedicado al Alzamiento de La Demajagua del 10 de octubre de 1868. Tampoco es casual aquella disyuntiva planteada tempranamente en el periódico *El Diablo cojuelo*, donde estableció claramente las opciones posibles en la Cuba de esos años: «O Yara o Madrid»,¹⁸ no existía una tercera opción, o se luchaba por la independencia o contra ella.

Su temprana madurez política, alcanzada bajo el influjo benéfico de Mendive, se corrobora en su poema dramático «Abdala»¹⁹ publicado en el periódico *Patria libre*. Allí asume la única condición que exige la libertad de la patria, condición que expresa los mismos términos que el Himno de Bayamo: «morir por la patria es vivir».

En carta a Enrique Trujillo deja constancia de sus recuerdos sobre el maestro: «oír la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar, Rafael Mendive [...] era maravilloso [y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla], aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía lo real de un carácter. Prefiero recordarlo [...] cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba».²⁰

Cerca de los 40 años Martí prefería recordar a su maestro en medio de su clase de patriotismo, transmitiendo emociones, sentimientos. La huella de Mendive quedó en el carácter y el espíritu de Martí. Mendive legó a sus alumnos su propio patriotismo, enseñó a sus discípulos siguiendo «de codos en el piano la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba», única forma de hacer brotar el fruto genuino del amor a la patria, que germina solamente en los corazones donde se cultiva con paciencia y amor.

Pero, podría preguntarse: ¿por qué otro discípulo de Mendive, Carlos de Castro y Castro, ante la disyuntiva «O Yara o Madrid» escogió el camino del sometimiento a la metrópoli? En Carlos de Castro y Castro la prédica patriótica de su maestro no había fructificado, se había unido a las filas de los voluntarios españoles, era un apóstata y traicionaba así el legado espiritual de Mendive.

¿Fue esta una responsabilidad de su maestro? No, el hombre se forma en el conjunto de sus relaciones sociales, sobre él se ejercen numerosas y variadas influencias, y la escuela es solo una de ellas, no la única. No se puede olvidar el papel de la familia en la formación de los niños y jóvenes, ni el del medio socio-cultural que rodea a los seres humanos.

Estas razones orientan hacia una reflexión. Martí tuvo como herencia una familia de padres españoles, honesta, honrada, severa, recta en el cumplimiento de los principios, los cuales asumen y defienden con voluntad inque-

¹⁸ *Ibid.*, I, p. 32: «El Diablo Cojuelo», La Habana, 19 de enero de 1869. Yara se convirtió en el símbolo del ideal libertario y antiesclavista de esta primera guerra. Madrid por su parte simboliza el régimen colonial impuesto y mantenido en contra de la voluntad del pueblo cubano.

¹⁹ *Ibid.*, XVII, «Abdala». *Patria Libre*, La Habana, enero 1869.

²⁰ *Ibid.*, V, p. 250. Rafael María de Mendive, Nueva York, julio 1891.

brantable, independientemente de los beneficios o dificultades que le generen. Eso bebió José Martí desde su cuna. Sus vivencias fueron: el padre y la madre amando, sufriendo, rodeados de escaseces por el respeto a las ideas, los principios morales y la justicia. La familia forjó ese mismo espíritu de voluntad en su hijo.

Los valores forjados desde la niñez, junto a los que desarrolló y consolidó la escuela, convirtieron a José Martí, desde muy temprana edad, en portador de una ética revolucionaria y militante activa, modelada por el medio socio-histórico en que vive, y en función del cual se pone.

El Presidio Político. Experiencia decisiva

En mayo de 1869 es deportado Mendive a España. Mientras en la isla sus discípulos no podían entender cómo uno de ellos sería capaz de traicionar las enseñanzas patrióticas de su maestro.

Martí y Fermín Valdés Domínguez escriben una carta a Carlos de Castro y Castro acusándolo de traidor, la cual cae en manos de las autoridades españolas. Los dos adolescentes fueron detenidos por infidencia el 21 de octubre de 1869 y juzgados el 4 de marzo de 1870. El 4 de abril de 1870 entra Martí en presidio, condenado a seis años.

En su alegato «El Presidio Político en Cuba», escribió que la patria lo había puesto a prueba, ella, dice Martí, «rodeó con una cadena mi pie: me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón. Yo toqué mi pecho y lo hallé lleno; toqué mi cerebro y lo hallé firme; abrí mis ojos, y los sentí soberbios, y rechacé altivo aquella vida que me daban y que rebosaba en mí.

Mi patria me estrechó en sus brazos, y me besó en la frente, y partió de nuevo señalándome con una mano el espacio y con la otra las canteras».²¹

Resistiría por la fortaleza de su espíritu, forjada en su seno familiar y en la convicción patriótica asumida desde la escuela bajo la tutela de Mendive. El presidio constituyó un momento de definición y anuncio de su ética revolucionaria, momento en el cual se revela el eje y vocación de voluntad,²² como se verá más adelante.

Es destinado a la Primera Brigada de Blancos con el número 113 y trabajará en las canteras de San Lázaro en la sesión llamada «La criolla». Bien conocida es la foto donde aparece con los grilletes a la cintura y el tobillo, los cuales le provocaron graves lesiones físicas que llevaría durante toda la vida. Al dorso de la foto, el 28 de agosto de 1870, cuando llevaba cinco meses en presidio, escribe una dedicatoria a su madre donde le dice:

²¹ *Ibid.*, I. pp. 53–54. «El presidio político en Cuba», Madrid, 1871.

²² Cintio Vitier: *Ese sol del mundo moral*, p. 64, Ediciones Unión, La Habana, 1995.

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores*²³

Es una declaración de fe en el futuro, en su capacidad para resistir e imponerse sobre las dificultades. Es posible imaginar y hasta vivenciar, aun después de tantos años, el dolor que sintió Doña Leonor al recibir la foto dedicada por su hijo, pero sabrá respetar su decisión.

Menos conocida es la dedicatoria que al dorso de una copia de la misma foto envía a su amigo Fermín Valdés Domínguez que entonces estaba detenido en la Cárcel de La Habana; le dice:

*Hermano de dolor, no mires nunca
En mí al esclavo que cobarde llora,
Ve la imagen robusta de mi alma
Y la página bella de mi historia.*²⁴

Al amigo y compañero de penas e ideas escribe en un tono más alto, no trata de aliviar dolor, le ratifica su entrega a la causa libertaria, la página bella de una historia de la que tan solo comienza a escribir sus primeros párrafos.

También en el alegato «El presidio político en Cuba» Martí describe un pasaje de gran impacto emocional. Fue el día en que recibió la visita de su padre en las canteras de San Lázaro, terrible momento para ambos, instante que solo su palabra puede pintar con tanta fuerza y dolor:

«Y ¡qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grillos, y vio al fin, [...] aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y fango, sobre que me hacían apoyar el cuerpo, y correr, y correr! ¡Día amarguísimo aquel! Prendido de aquella masa informe, me miraba con espanto, envolvía a hurtadillas el vendaje, me volvía a mirar, y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar! [...] ¡Día amarguísimo aquel! Y yo todavía no sé odiar»²⁵.

Imaginar aquel momento, ese encuentro entre padre e hijo es verdaderamente estremecedor, no hay ser humano que pueda mantenerse al margen de una escena tan impresionante, muestra del presidio en toda su dimensión caótica y bestial. Sin embargo, él, ante las horribles imágenes se impresiona, pero no se rinde, lo conmueven el ensañamiento, la vejación, el sadismo de los carceleros, pero no odia.

²³ José Martí: Ob. cit. XVII, p. 29. «Brigada 113», 28 de agosto 1870.

²⁴ *Ibíd.*, XVII, p. 30: «Hermano de dolor», 28 de agosto 1870.

²⁵ *Ibíd.*, I, p. 58: *El presidio político en Cuba*, Madrid, 1871.

Tal vez la lógica más común indicara que un adolescente que sufriera tanta infamia, se colmase de odio y rencor, que utilizase la ligereza de su pluma para anatematizar a los flageladores. Odio y afán de venganza por Lino Figueredo, por Castillo, por Ramón Rodríguez o el negrito Tomás. Sin embargo, la ligereza con que desplaza su pluma por el papel, no se impone sobre la profundidad y pasión del juicio, por ello la actitud que asume Martí a sus 16 años es el perdón.

Es allí precisamente donde aparece ante los ojos con meridiana claridad, el espíritu de hombre altruista que en su cuerpo adolescente, «estas lesiones en la carne no se convirtieron en lesiones morales porque él no quiso»²⁶ y esta es otra de las claves en su formación ética.

Pues, «Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio, cabe en el jefe desventurado que le reprende con acritud sino azota con crueldad, pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, *más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más erguido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia y la rectitud indomable de sus principios*».²⁷

Cintio Vitier propone sustituir el término presidiario por el concepto de revolucionario y se aclarará todo. Él, José Martí, es un revolucionario cubano cuyo código ético se sustenta en:

–Sobreponerse al sufrimiento, representado en sus palabras como los grillos.

–La pureza de su conciencia.

–La rectitud indomable de sus principios

Son estas las trincheras de ideas a las cuales se pueden agregar otros postulados en los que insistirá más tarde y formarán parte de su ética revolucionaria militante:

–Su filiación «con los pobres de la tierra».

–Y su lucha por el «mejoramiento humano».

Son postulados éticos básicos aunque no exclusivos de Martí, son, sin embargo, autóctonos y originales pues se apartan de los códigos establecidos por los explotadores, son, en síntesis, los mismos postulados que defiende el proyecto revolucionario cubano y que el Apóstol logra proyectar a su máxima altura cubana, latinoamericana y universal.

La sociedad colonial en Cuba

Martí conoció y estudió profundamente la vida cotidiana en la sociedad colonial cubana. En su seno crece, forma y desarrolla su pensamiento. Vive en una época fundacional de la cual será uno de sus principales exponentes junto a personalidades como Félix Varela, José de la Luz y Caballero, y José Antonio Saco.

Durante todo el siglo XIX cubano se enarbolan las banderas de la cruenta lucha ideológica entre los que postulan la creación de la patria cubana indepen-

²⁶ Cintio Vitier: Ob. cit, p. 64.

²⁷ *Ibíd.* I, p. 57: *El presidio político en Cuba*, Madrid, 1871.

diente, cumpliendo el principio vareliano de que el patriotismo es deber y los que deseaban mantener los lazos que atan la isla a España, desdeñando la capacidad de un pueblo que comenzaba a ser libre en espíritu y en forma. Esta lucha ideológica se sustenta en la confrontación entre dos proyectos políticos e ideológicos²⁸ que se oponen desde muy temprano el siglo XIX.

Uno de estos proyectos es el reformista, anexionista y autonomista que asume y defiende las posiciones políticas más retrógradas, que aparecen siempre enlazadas con los intereses foráneos sobre Cuba, primero de España y luego de los Estados Unidos.

El otro proyecto es el que proclama como principios fundamentales el independentismo, el abolicionismo, el latinoamericanismo, asumidos por la inmensa mayoría de la población cubana, dada la justeza de sus principios y de la base social y amplitud de intereses que defiende.

Hoy algunos historiadores cubanos del exilio abogan por el olvido del siglo XIX cubano, llaman a odiar el siglo XIX, a despreciar el siglo de la fundación de la nacionalidad y la nación cubana, llaman a borrar de un plumazo las raíces históricas del pueblo cubano y la imagen de sus principales gestores. No puede desaparecer la memoria histórica de un pueblo, ella es savia vital para la germinación, la supervivencia y el destino del pueblo.

A la conformación y ejecución del proyecto independentista, latinoamericanista, abolicionista, dedica el Apóstol gran parte de su vida. Una de las vertientes de la lucha ideológica de aquellos momentos se desarrolla entre los que consideran que España solucionará «pacíficamente» el problema de Cuba y los que están convencidos de que la solución debe partir de los propios cubanos.

Martí combate el primer criterio, está convencido de que España aspira a mantener su dominio sobre Cuba, por ello expresa que el espíritu español es *el espíritu de Pizarro*,²⁹ el espíritu conquistador acostumbrado a vivir de lo que su colonia le ofrece, y de la cual no puede prescindir. Está muy claro para Martí que, por «el carácter rudimentario y venal de la política española, y la ignorancia y hábitos despóticos de la nación»³⁰ esta sería incapaz de reconocer los deseos y derechos de los cubanos a la prosperidad de su tierra. Por ello la única solución posible era la lucha armada por la independencia.

El destierro. Su ética militante «con los pobres de la tierra»

La eticidad en el pensamiento martiano, su modo altruista de actuar, su capacidad para el sacrificio y para hacer el bien se fortalece y enriquece en las múltiples experiencias acumuladas en el transcurso de su vida.

²⁸ Armando Hart Dávalos.

²⁹ *Ibid.*, XXI, p. 176: «Cuaderno de apuntes» no. 6.

³⁰ *Ibid.*, II, p. 194: «Política insuficiente».

El destino lo lleva a diversos lugares, conoce las más variadas realidades en las que participa siempre como un analista sagaz y profundo y no como observador pasivo, pues, una de las principales virtudes del Apóstol es la capacidad para distinguir en hombres y pueblos los grandes valores morales que portan, y para desentrañar las causas –aparentes o reales–, de los procesos históricos que conoce.

España. Monarquía, República

Cuando llega a España con 17 años de edad, conoce dos formas de gobierno: la Monarquía y la República. El joven José Martí posee madurez de juicio innegable y era un convencido de que la Monarquía nunca concedería la libertad a Cuba y para impedirlo llevaría a prisión a ancianos de 70 años, a niños de 12, de 14 ó 16 años, condenaría a negritos bozales, fusilaría injustamente a ocho estudiantes de medicina, deportaría, asesinaría campesinos, arrasaría poblados, castigaría sin límites.

No obstante, en la propia España comprendió que la República española tampoco sería capaz de concederle a Cuba lo que para sí misma había conquistado. Dice Martí «Y si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclama la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República? ¿Cómo ha de disponer de la suerte de un pueblo imponiéndole una vida en la que no entra su completa y libre y evidentísima voluntad?».³¹

La República española (1871–1873) se pronuncia a viva voz por la integridad nacional, por la integridad de la patria, sin embargo, en este concepto republicano se percibe claramente el espíritu colonizador de la España monárquica. Cuba, Puerto Rico y el resto de las colonias españolas son incluidas arbitrariamente en lo que llaman integridad de la patria, por ello Martí en «El presidio político en Cuba», en «La República española ante la Revolución Cubana», en el artículo «Castillo», u otros muchos textos de la época analiza la invalidez de este concepto.

Para justificar el deseo de posesión se «habla de integridad del territorio», pero afirma Martí: «el Océano Atlántico destruye este ridículo argumento»,³² pues ahora (1873) se han separado más por los muertos que han caído por el ideal independentista en la patria cubana.

Por ello Martí define, en «La República española ante la revolución cubana» lo que para él es la Patria: «Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza.

³¹ *Ibid.*, I. p. 92: «La República Española ante la Revolución Cubana», Madrid, 1873.

³² *Ibid.*, p. 93.

Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima de amores y esperanzas».³³

Martí contrapone el concepto de patria que abandera la lucha de los cubanos, con el concepto de integridad nacional que postulan los republicanos españoles. Patria es un sentimiento, una emoción que se evidencia por la existencia de la comunidad de intereses, no el sometimiento de un pueblo por otro, no puede ser la opresión con la que España subyuga a Cuba, la cual genera sentimientos de rechazo.

La patria es unidad de tradiciones, de costumbres, de acciones, no puede ser pedazos de terrenos sin libertad, y por lo tanto, sin la pasión por la vida. Es unidad de fines, de aspiraciones, de deseos, de objetivos, es la unidad en la lucha por ser libres, en espíritu y en la forma. Es la patria fusión dulcísima de amores y esperanzas y de ninguna manera puede ser el derecho a posesión por la fuerza que ejerce España sobre la patria cubana.

Una postura ética fundamental queda expresada cuando Martí se cuestiona «¿Cómo ha de haber republicano honrado que se atreve a negar para un pueblo el derecho que él usó para sí?»³⁴ Un republicano honrado no ha de permitir la injusticia que se comete con Cuba que desea su libertad tanto como la España republicana aspira, por ello «solo hay honra en la satisfacción de la justicia».³⁵

La justicia no solo es un concepto, es ante todo una forma de manifestación de la conducta de los hombres. El Apóstol reclama la actuación altruista de los republicanos españoles, quienes se deshonran cuando niegan a la patria cubana su libertad, por ello los convoca «a que no infamen nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra de la patria, pero que exige que la honra de la patria viva dentro de la honra universal».³⁶ Es este uno de los postulados morales esenciales en el pensamiento martiano, la satisfacción de la justicia, tanto en los hombres como entes individuales, como en los pueblos como entes colectivos.

Muchos años después José Martí sostiene la validez moral de estos principios. En *La Edad de Oro*,³⁷ escrita en 1889 para los niños de América, aparecen tratados estos principios que se corresponden esencialmente con la actuación moral positiva del ser humano. En «Tres héroes» se concreta, en síntesis apretada, el significado de honradez, libertad, decoro, héroe, y de sus opuestos morales las bestias y los criminales.

En la eticidad martiana estos postulados son los que se oponen con fuerza tremenda a los postulados del colonizador. Martí defiende la capacidad del hombre al sacrificio, para amar, para ser virtuoso; se aferra con fuerzas a las posturas más altruistas en el ser humano, para combatir desde estas firmes

³³ *Ibíd.*

³⁴ *Ibíd.*, p. 91.

³⁵ *Ibíd.*, p. 90.

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ *Ibíd.*, XVIII, p. 3: *La Edad de Oro*, Revista Ilustrada, Nueva York, julio de 1889.

posiciones morales, el egoísmo, el odio, el desprecio que corroe el espíritu del colonizador.

Precisamente ser portador de estos postulados morales es lo que hace a Martí afirmar que «Nosotros combatimos a España por el derecho natural de rebeldía que tiene todo pueblo contra el conculcador de su libertad, pero no somos enemigos de los españoles. Somos sus hermanos porque de ellos es nuestra religión, nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestra sangre».³⁸ La guerra no se hace contra los españoles por serlo, sino contra las ideas que defienden y los métodos que aplican para sostener un gobierno tiránico. Por esta razón Cuba ha de ser libre y ha de acoger en su seno a cubanos, españoles y todos aquellos que amen y respeten su derecho a la libertad. Es esta una idea reiterada por Martí y que aparecerá también en un texto fundacional como «El Manifiesto de Montecristi»³⁹ en 1895.

Ni la Monarquía ni la República fueron capaces de conceder a Cuba su libertad. Cuba tiene que conquistarla a un alto costo, donde su principal arma serán los principios morales y el humanismo que rige el destino de la nación cubana. A este obra dedicará Martí toda su existencia.

Las repúblicas liberales de América

Después de recibirse de Licenciado en Derecho Civil y Canónico y en Filosofía y Letras en España, Martí viaja a reunirse con su familia en México donde se establecerá desde 1875. Vive México la época de la restauración de la República liberal desde el derrocamiento del imperio de Maximiliano en 1864. Gobierna el país Sebastián Lerdo de Tejada quien mantiene una política de matiz nacionalista, de oposición a los intentos intervencionistas extranjeros, de defensa a las ideas liberales, de promoción de proyectos de transformación y desarrollo del país.

Martí sabe aquilatar el valor de las ideas juaristas que defiende el gobierno mexicano y encuentra en esa nación una escuela para su cabal formación humanista. México le muestra el mundo americano, sus virtudes y defectos. Le enseña el espíritu de progreso que reina en estos pueblos y las múltiples barreras y lastres coloniales que sobreviven en las jóvenes repúblicas.

Allí conoce el Apóstol el intenso mestizaje de nuestro continente, especialmente al indio olvidado, su cultura original y creativa y la exclusión arbitraria de que es objeto en cada uno de los proyectos de desarrollo nacional. México le proporciona la oportunidad de conocer y comprender mejor la lucha de las masas campesinas y obreras. Le presenta otra dimensión del problema que asume y defiende en su pensamiento ético, la existencia y la necesaria lucha junto a los pobres de la tierra, por la magnitud del freno que ofrecen las oligarquías, el

³⁸ José Martí: «Fragmentos», *Obras Completas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, XXVIII, p. 523. «Fragmentos».

³⁹ *Ibíd.*, V, «El Manifiesto de Montecristi», *Patria*, Nueva York, abril de 1895.

clero secular y los políticos conservadores al progreso de los pueblos del continente y de sus sectores menos favorecidos.

Vislumbra en este país el peligro que se acerca desde el Norte y el cuidadoso y equitativo trato que hay que mantener con las poderosas potencias europeas y sobre todo en sus análisis sobre las realidades americanas estarán siempre presente los principios éticos que postula desde el presidio: la pureza de conciencia, la rectitud de principios, su capacidad para sufrir, su filiación moral «con los pobres de la tierra» y su tenaz lucha por el mejoramiento del ser humano.

Estos principios le permiten descubrir y ser consciente del abandono de los indios a quienes llama «esa raza olvidada».⁴⁰ Muchos, incluyendo hombres de pensamiento progresista y amplia cultura ven en el indio tan solo una rémora para la sociedad, mientras Martí ve un elemento de progreso si se le educa y tiene en cuenta. El Apóstol se acerca al indio, se solidariza con su sufrimiento, lucha por él, lo convoca a su imprescindible despertar, por lo que su postura no es la de un romántico que sufre por la pérdida de las esplendorosas culturas originarias de América, su visión es la de un combatiente decidido a rescatar a ese hombre olvidado y poner su inteligencia al servicio de su tierra.

Esa visión crítica y progresista del mundo americano lo conduce a la defensa de la identidad de nuestros pueblos que le viene de la propia diversidad de origen. Es ese el hombre natural⁴¹ de que habla Martí, hijo de indio, de blanco europeo, de negro africano, heredero de una cultura original nacida de la fusión de las culturas aborígenes, hispánicas, africanas. Está el origen de Nuestra América en ese mestizo cultural, ente autóctono, generador de una nueva cultura, de una identidad propia que no se subordina a ninguna de las que le dieron origen y es por ello que adquieren el valor de lo nuevo, de la nueva cultura hispanoamericana.

Dice Martí, asumiendo su personalidad como hispanoamericano: «¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu del hombre flota sobre la tierra en que vivieron y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni».⁴² Es el reconocimiento de la identidad de nuestros pueblos, a partir del mestizaje cultural que en ellos se aprecia.

Es este uno de los principales componentes del ideario martiano sobre Nuestra América. No podrá comenzar a andar la América hasta que no se reconozca a sí misma en el indio abandonado, en el negro esclavizado, en el blanco rico y pobre. Hasta que el hispanoamericano logre identificarse culturalmente a sí mismo, autorreconocerse en el hombre que cotidianamente sueña, trabaja y muere a su lado, el continente no logrará avanzar y superar las barreras que le ofrecen los hombres y la naturaleza indomable americana.

⁴⁰ *Ibíd.*, VI, p. 266. «Función de los meseros» *Revista Universal*, México, 10 de julio de 1875.

⁴¹ *Ibíd.*, I, p. 20. «Nuestra América», *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891.

⁴² *Ibíd.*, VIII.

Martí descubre que la pelea inevitable en Nuestra América es la de lo autóctono que salva contra lo exótico que somete. La imitación de lo extranjero solo provoca el desarraigo y la enajenación del hombre, no se debe copiar pues como diría Martí: «La imitación servil extravía, en Economía, como en literatura y en política».⁴³ Hay que buscar soluciones propias a problemas propios en educación, en arte, en economía, en las formas que han de adoptar los gobiernos, en el reconocimiento y estudio de la historia heroica de nuestros pueblos.

Las peculiaridades y grandeza de nuestros pueblos se aprecian en el siguiente juicio martiano sobre el teatro que debe hacerse en el continente: «Los pueblos que habitan nuestro continente, los pueblos en que las debilidades inteligentes de la raza latina se han mezclado con la vitalidad brillante de la raza de América, piensan de una manera que tiene más luz, de una manera que tiene más amor, y que ha de menester en el teatro —no de copias, serviles de naturalezas agotadas— de brotación original de tipos nuevos».⁴⁴ Esta es la clave para elevar el autorreconocimiento y la autoestima de los pueblos hispanoamericanos, para que no tengan que mirar al norte o a Europa como el ideal a alcanzar, sino que desde sus propias tierras logren la libertad verdadera tanto en espíritus como en actos. Esta será una tarea inevitable y urgente en América. Hay que barrer con lo que queda de la colonia después de la independencia en el espíritu y las formas de los pueblos del continente.

Es precisamente el desdén de los elementos naturales de América y el desconocimiento —por ignorancia o soberbia—, de la inteligencia de los hispanoamericanos lo que ha posibilitado el ascenso al poder de las tiranías en estos países, al respecto expresa el Apóstol: «Las Repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos».⁴⁵ Porfirio Díaz en México, Justo Rufino Barrios en Guatemala, Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, fueron gobiernos de caudillos establecidos en estas tierras, gobiernos que Martí conoció muy de cerca.

La experiencia vivida en estos países y el conocimiento que adquirió sobre la evolución histórica del resto de los países americanos le permitió comprender que América requería no solo de la independencia de su metrópoli, necesitaba también de realizar una revolución auténticamente liberadora, que eliminara los lastres coloniales que aún sobrevivían en las jóvenes repúblicas:

En síntesis su paso analítico por las Repúblicas liberales de América le permite:

—Confirmar que para que concrete la libertad verdadera tras el logro de la independencia política, es necesario una revolución que destruya los viejos cimientos de la sociedad colonial.

⁴³ *Ibíd.*, VI, p. 335. «La polémica económica», *Revista Universal*, México, 23 de septiembre de 1875.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 200. «El Liceo Hidalgo», *Revista Universal*, México, 11 de mayo de 1875.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 17. «Nuestra América», *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891.

–Es imprescindible lograr la unidad de los pueblos de Hispanoamérica como única vía para hacer realidad la libertad.

–Se necesita alcanzar el respeto y la confianza en lo autóctono, en la historia, en la originalidad artística, en el ímpetu del mestizo cultural y en sus potencialidades creativas.

–Se requiere asumir en la instauración de los gobiernos latinoamericanos las necesidades propias y no la copia servil que extravía siempre.

–Es imprescindible prever y combatir los apetitos geopolíticos del peligroso vecino del norte.

Estados Unidos

Durante más de 15 años vivió José Martí en los Estados Unidos, país al cual llegó próximo a cumplir los 27 años de edad. Su sentido del deber le indicó su puesto al lado de la patria, por ello se incorporó sin dilación a la lucha por la independencia junto a la amplia emigración cubana en ese país y de común acuerdo con los independentistas de la isla.

Su larga estancia en ese país le permite desarrollar una intensa e incansable actividad como periodista, diplomático, maestro, divulgador científico, poeta, escritor para niños.

Por otra parte, su amplia cultura general y su formación moral y revolucionaria, le facilita apreciar, no solo lo más visible de la realidad social norteamericana, también le ayuda a penetrar en lo que no se puede ver a simple vista. De ninguna manera fue Martí un observador pasivo de las realidades que conoció. Por el contrario, supo reconocer las virtudes morales y el legado revolucionario, liberador y republicano que aportaron a la historia mundial muchos norteamericanos, pero también apreció los cambios trascendentales que en aquel país se estaban produciendo durante la década de los 80 del siglo XIX.

A muchas de las figuras cimeras de la historia de ese pueblo Martí dedicó páginas inolvidables; así describe para el mundo hispanoamericano a Emerson, quien «fue enteramente digno del ser humano»,⁴⁶ Whitman, «un hombre veraz, sonoro y amoroso»⁴⁷, Washington, el «conquistador de la libertad»,⁴⁸ Peter Cooper quien «vivía de darse»,⁴⁹ Wendell Phillips, que tuvo una «extraordinaria y limpia vida»,⁵⁰ Grant quien «a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino»,⁵¹ o Lincoln «pensador juicioso y político inmaculado»,⁵² hombres

⁴⁶ *Ibíd.*, XIII, p. 20. «Emerson», *La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882.

⁴⁷ *Ibíd.*, XIII, p. 137. «El poeta Walt Whitman», *La Nación*, Buenos Aires, 26 de junio de 1887.

⁴⁸ *Ibíd.*, IX, p. 269. «El aniversario de Washington», *La Opinión Nacional*, Caracas, 22 de marzo de 1882.

⁴⁹ *Ibíd.*, XIII, p. 49. «Peter Cooper», *La Nación*, Buenos Aires, 3 de junio de 1883.

⁵⁰ *Ibíd.*, XIII, p. 55. «Wendell Phillips», *La Nación*, Buenos Aires, 28 de marzo de 1884.

⁵¹ *Ibíd.*, XIII, p. 115. «El General Grant», *La Nación*, Buenos Aires, 2 de junio de 1885.

⁵² *Ibíd.*, X, p. 34. «Tres batallas capitales», *La Nación*, Buenos Aires, 8 de mayo de 1884.

todos que trascendieron a su tiempo por su obra en bien de la humanidad, que representan lo mejor del espíritu del pueblo norteamericano, hombres que sin ser hombres perfectos, pues en ellos reconoce sus errores, supieron entregar obras eminentemente altruistas, en las cuales sirvieron bien a su pueblo.

Martí se refiere a «las virtudes fundamentales del Norte, las virtudes del trabajo personal»,⁵³ reconociendo el valor que tiene el trabajo de la persona para levantar sobre ellas los cimientos de una sociedad solvente, espiritual y creativa. El trabajo es la única forma de forjar una nación y hacerla rica y próspera, solo el trabajo permite al hombre construir el bienestar de un pueblo y el método tiene que ser el de la creación, la originalidad, la sabiduría que ha de permitir el desarrollo armónico del país.

Sin embargo, el Norte vive una época de cambios, «de transición», donde «falta también, en la mayor parte de los individuos, la esperanza en lo futuro».⁵⁴ Martí aprecia en la sociedad norteamericana una dualidad de influencias, una de ellas se puede observar en las potencialidades que posee el hombre para la búsqueda y conquista de su libertad, en el deseo de luchar sin límites por el progreso y de plasmar su ímpetu transformador.

Sin embargo, todo ello convive en los Estados Unidos con el excesivo amor al dinero, con el «atropello de la vida moderna»,⁵⁵ con la ausencia en la sociedad estadounidense de un equilibrio entre los factores que estimulan el desarrollo, tanto los materiales como los de índole espiritual.

En su evolución histórica los Estados Unidos han entrado, hacia la segunda mitad del siglo XIX, según la apreciación de José Martí, en un período en que su propio sentido de grandeza se mide, no por la riqueza cultural, la sabiduría o el crecimiento espiritual del ser humano, sino en su desarrollo material, por la riqueza en especies que ha logrado acumular.

Al escribir una importante crónica para *La América* sobre el puente de Brooklyn, el Apóstol, refiriéndose tanto a los creadores y constructores, como a los que cruzaban esta obra formidable de la ingeniería señala lo siguiente: «parecen, salvo el excesivo amor a la riqueza que como un gusano les roe la magna entraña, hombres tallados de granito».⁵⁶ En esta idea Martí caracteriza al espíritu formidable del hombre que es capaz de imaginar y realizar tan útil y grandiosa obra, por ello los llama hombres graníticos, sin embargo, a la vez les impugna dejarse arrastrar por la única preocupación que tienen, el crecimiento de sus arcas personales. El dinero, dice Martí, conduce a los hombres a las más inescrupulosas actuaciones y es capaz de hacer brotar en el ser humano sus más bajas pasiones.

⁵³ *Ibid.*, V, p. 259. «El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley», *Patria*, Nueva York, 1893.

⁵⁴ *Ibid.*, XIII, p. 427. «Cansancio del cerebro», *La América*, Nueva York, abril de 1884.

⁵⁵ *Ibid.*, XIII, p. 429. «Repertorio, Revistas y Mensuarios literarios y científicos de Nueva York», *La América*, Nueva York, febrero de 1884.

⁵⁶ *Ibid.*, IX, p. 424. «El puente de Brooklyn», *La América*, Nueva York, junio de 1883.

Por ello había señalado el Apóstol que «De este pueblo del norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar».⁵⁷ Aprecia el Apóstol de la independencia cubana que ese sistema, tanto el capitalismo industrial premonopolista, como el imperialismo, siembran en los seres humanos el deseo de alcanzar riqueza a cualquier costo.

El reconocimiento de las virtudes del pueblo norteamericano y de sus principales hombres no nubla el entendimiento martiano. Sabe de lo bueno que puede aprenderse de ese pueblo, pero teme los peligros que desde las entrañas de ese país se desatan a la par que se desarrolla económicamente.

Los postulados de libertad y decoro que le vienen de la historia de sus padres fundadores, la sociedad norteamericana los olvida, sin embargo, cuando se trata de sus indios, sus negros, sus chicanos que son parte inseparable de ese pueblo. La respuesta que cada observador ofrezca a este cuestionamiento será la clave para comprender cuál ha sido su aspiración y cuál la posición que adoptará en relación con los graves problemas que amenazan al continente, por ello Martí esclarece, alerta, muestra la verdad en las numerosas publicaciones latinoamericanas donde aparecen sus colaboraciones.⁵⁸

En la apreciación martiana de los Estados Unidos el valor moral con que se enfrenta la vida decide. Si el camino tomado por este país hacia la modernidad pasaba por la imposición de lo material sobre lo espiritual, había que atender a los peligros que esto implicaba y se debía, sobre todo, buscar caminos menos onerosos y traumáticos para el desarrollo espiritual de la sociedad humana.

Martí fue testigo directo del auge del naciente imperialismo norteamericano y de los cambios que la modernidad iban imponiendo en el espíritu de esa sociedad. Se percata que en ese país «la soberbia conciencia de su fuerza y desdén por las demás razas que hoy caracterizan al pueblo norteamericano»⁵⁹ convierten a la sociedad norteamericana en estandarte de la discriminación más brutal con la que expolia al indio y al negro y de la situación de miseria en la que sobrevive gran parte de la población pobre de esa nación. El amor al dinero exagera el egoísmo de los ricos y la ira de los sometidos.

Pero ese mismo desdén que siente por sus negros, sus indios, sus pobres, también lo sienten por los latinoamericanos, a quienes consideran ciudadanos de segunda clase, por tener el cutis más tostado por el sol, o por tener una cultura mestiza. El desdén, en suma, rebasa las fronteras de este país pues, genera un inescrupuloso espíritu de conquista en este joven estado, por ello afirma Martí «Los Estados Unidos que nacieron de padres que emigraron de su patria por exceso de amor a la libertad, y austeridad en la virtud, se inclinan a

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ *La Opinión Nacional* de Caracas, Venezuela; *El Partido Liberal* y la *Revista Universal*, de México; *El Progreso* de Guatemala; *La República* de Honduras; *La Nación* y *El Sudamericano* de Buenos Aires, entre otras publicaciones.

⁵⁹ *Ibíd.*, XIII, p. 265. «Blaine y Tilden», *La América*, Nueva York, abril de 1884.

mancillar esa valiosa herencia, compeliendo a pueblos menores a que existan para el provecho y acomodamiento de la Unión Americana».⁶⁰

Los pujantes Estados Unidos –cuyo desarrollo económico requiere de abundantes mercados para sus productos, de amplias fuentes de materia prima y de mano de obra abundante y barata, todo lo cual encuentran en las pobres economías de Hispanoamérica–, se consideran predestinados a ejercer el dominio imperial sobre los pueblos latinoamericanos, por ello desconocen la inteligencia y fuerza creadora de la América hispanoamericana, alimentan el desprecio y el desconocimiento de las culturas de los pueblos ubicados al sur del Río Bravo, pues con esta política podrán manipular a su propio pueblo en beneficio de los grandes intereses monopólicos.

El peligro crece en la misma medida en que ese país se desarrolla. Martí se impone una compleja misión, la cual queda declarada en 1884, en importante editorial de la revista *La América*: «Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia –y solo en apariencia– maravilloso de este país».⁶¹ Es imprescindible que los pueblos americanos tengan conciencia de sus propias potencialidades, que desarrollen su autoestima para que el mundo respete su derecho a la libertad y aprecie su identidad. Solo el conocimiento de sí mismo, y saberse un creador capaz de conquistar la libertad por su propio esfuerzo, posibilitará la supervivencia a los pueblos de la América al sur del río Bravo.

Para José Martí, quien sabe apreciar altamente los valores morales en hombres y pueblos, la posición agresiva que adoptan los Estados Unidos contra los pueblos de América los desacredita a ellos moralmente, por eso en 1894 afirma que «el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril»;⁶² considera inhumana la política del gobierno norteamericano para con los pueblos de América.

Descubre al mundo que los apetitos expansionistas norteamericanos no se detendrán ante los males que provocan, pues no les conmueve la pobreza, las calamidades políticas, económicas o sociales que generan, por esto al valorar el accionar político de este poderoso país Martí menciona la menor virilidad que en ellos se manifiesta, pues, es una cualidad que solo poseen los que respetan a los países más débiles y jóvenes. No hay justicia, ni hay moral que pueda justificar el crimen que los Estados Unidos cometen en nuestros pueblos de América.

Donde otros no ven más que riquezas o pobreza Martí ve la calidad de la actuación moral humana. La cantidad de riqueza, dice el Apóstol, no hace más

⁶⁰ *Ibid.*, 14, p. 355. «Elecciones de senadores», *La Opinión Nacional*, Caracas, 8 de febrero de 1882.

⁶¹ *Ibid.*, VIII, p. 268. «Los propósitos de La América bajo sus nuevos propietarios», *La América*, Nueva York, enero de 1884.

⁶² *Ibid.*, XXVIII, p. 294. «La verdad sobre los Estados Unidos», *Patria*, Nueva York, 23 de marzo de 1894.

grande ni más pequeño al ser humano. El hombre crece hasta llega a ser Homagno⁶³ en la misma medida en que es capaz de dar de sí por el bien de los demás. Por ello al valorar a los Estados Unidos su juicio supera los comentarios tradicionales, generalmente elogiosos, sobre su desarrollo o su capacidad de enriquecer a unos y empobrecer a otros, sus opiniones tienen siempre presente la capacidad del ser humano para amar a la humanidad.

En un apunte el Apóstol analiza las diferencias notables entre el espíritu metalizado que se ha desarrollado en el seno de la sociedad norteamericana y sus diferencias con las consideraciones éticas que rigen el espíritu americano. Martí anota en su «Cuaderno de apuntes» algunos criterios propios sobre las diferencias que existen entre los norteamericanos y los cubanos –pueblo latinoamericano–. Dice Martí:

Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. –Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad, sí, nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa. Imitemos ¡No! –Copiemos. ¡No! –Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.

La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras.

¿Cómo con leyes iguales vamos a regir dos pueblos diferentes? Las leyes americanas han dado al norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo más próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!⁶⁴

Las diferencias de ambos pueblos no solo están en sus orígenes, o en su distinta evolución histórica, se presenta, sobre todo, en la contradicción entre el interés personal y el hacer el bien, está en sobredimensionar lo «útil», en prever, ante todo, y sin escrúpulos morales, los beneficios o perjuicios que algo «útil» pueda producir.

Para el Apóstol lo importante es la virtud que inspira cualquier acción humana. La esperanza no muere pues, como él mismo afirmó, «En el mundo, si se

⁶³ Martí posee una concepción social polar que se sintetiza metodológicamente a partir de la existencia de dos categorías opuestas: Homagno /Rebaño y de la calidad moral que le corresponde a cada una: el altruismo y el egoísmo. Según palabras martianas de mayo de 1884: «La gran división que pone de un lado a unos seres humanos y conserva a otros como ornamentos, de otro lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio [...] y aquellos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista» (*O.C.*, XV, p. 396). Didácticamente se explica a partir de la existencia de estos dos polos, entre los cuales se desarrolla un movimiento constante, el [homagno - altruista] como cima o aspiración máxima o más elevada que puede alcanzar el ser humano desde el punto de vista moral, y el [rebaño - egoísta], sima o peldaño más bajo donde puede caer. En este espacio o movimiento entre el altruismo y el egoísmo se puede ubicar al hombre por su actuación histórica. Tanto las posiciones altruistas como egoístas, así como aquellas que no llegan a ser ni lo uno ni lo otro, quedan representadas en toda su obra con diversos símbolos. Ver Ricardo Pino Torrens: «La fusión entre la ética y la estética en la palabra martiana», *Islas*, UCLV, n. 120, enero-marzo, 1998.

⁶⁴ *Ibid.*, XXI, p. 15. «Cuaderno de apuntes 1»

le lleva con dignidad, hay aún poesía para mucho, todo es el valor moral con que se encare y dome la injusticia aparente de la vida».⁶⁵ Esta es la clave para comprender la posición ideológica martiana en relación con los Estados Unidos.

En síntesis sus estudios sobre la realidad de los Estados Unidos le permiten:

–Anunciar el peligro que corren los países de Hispanoamérica ante los apetitos expansionistas de los Estados Unidos.

–Reiterar lo peligroso de la desunión para nuestros pueblos.

–Apuntar las diferencias entre los pueblos hispanoamericanos y los Estados Unidos en cuanto a su origen, evolución histórica, caracteres que predominan.

–Comparar las diferencias entre ambos pueblos al asumir lo utilitario o lo sentimental.

–Considerar que lo importante es el valor moral con que se enfrenten las injusticias de la vida.

La vida en los Estados Unidos influye decisivamente en la formación ética de José Martí, en ese país terminó de conformar su pensamiento revolucionario, y allí consolidó su sistema ético, que a decir de Cintio Vitier está conformado por la interrelación entre dos elementos fundamentales «razón y corazón».⁶⁶ La armoniosa manifestación de ambos elementos convierte a Martí en un manantial generador de una fuerza ética trascendental y fundamental para nuestros pueblos.

Cuba. El alcance de su obra

Martí vuelve a Cuba en 1895 para incorporarse a la lucha independentista que había organizado. Esta guerra no solo era necesaria para liberar a Cuba, también para auxiliar y fomentar la de Puerto Rico, y además para «impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».⁶⁷ Esta idea fue plasmada por Martí en su última carta inconclusa, escrita el 18 de mayo de 1895, la cual ha sido considerada su testamento político.

La obra martiana traspasa los límites geográficos de Cuba para insertarse en las aspiraciones de progreso y autoperfeccionamiento de nuestro continente. El alcance universal de su obra se manifiesta tanto en la amplitud de sus conocimientos, como en el alcance de sus ideas revolucionadoras del presente y aun del futuro de la propia humanidad.

Las ideas que hasta aquí se han expresado ofrecen la verdadera dimensión del alcance de la visión política del Apóstol y su capacidad para prever los acontecimientos futuros, dada la objetividad de sus estudios y análisis de la

⁶⁵ *Ibid.*, V, p. 221. «Julián del Casal», *Patria*, Nueva York, 31 de octubre de 1893.

⁶⁶ Cintio Vitier: *Ob. cit.*, p. 83.

⁶⁷ *Ibid.*, XX, p. 161. «Carta inconclusa a Manuel Mercado», 18 de mayo de 1895.

realidad de su tiempo. Estas posibilidades intelectuales Martí las puso al servicio de los hombres, que unidas a su capacidad para entregarse a una causa y el darse al servicio de los hombres lo ubica en el elevado lugar que hoy ocupa entre los hombres que trascienden, aun sin proponérselo, a su propio tiempo vital.